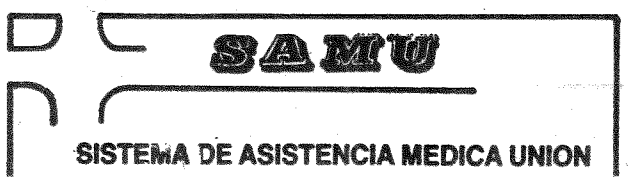
1988

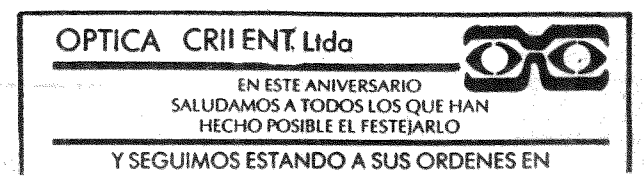
EL MERCADO

DOMINGO 20 DE NOVIEMBRE AÑO III No. 131

Con Alfredo Zitarrosa

Fotografía: Carlos Contrera





HERIDO DE VIDA EL CORAZON

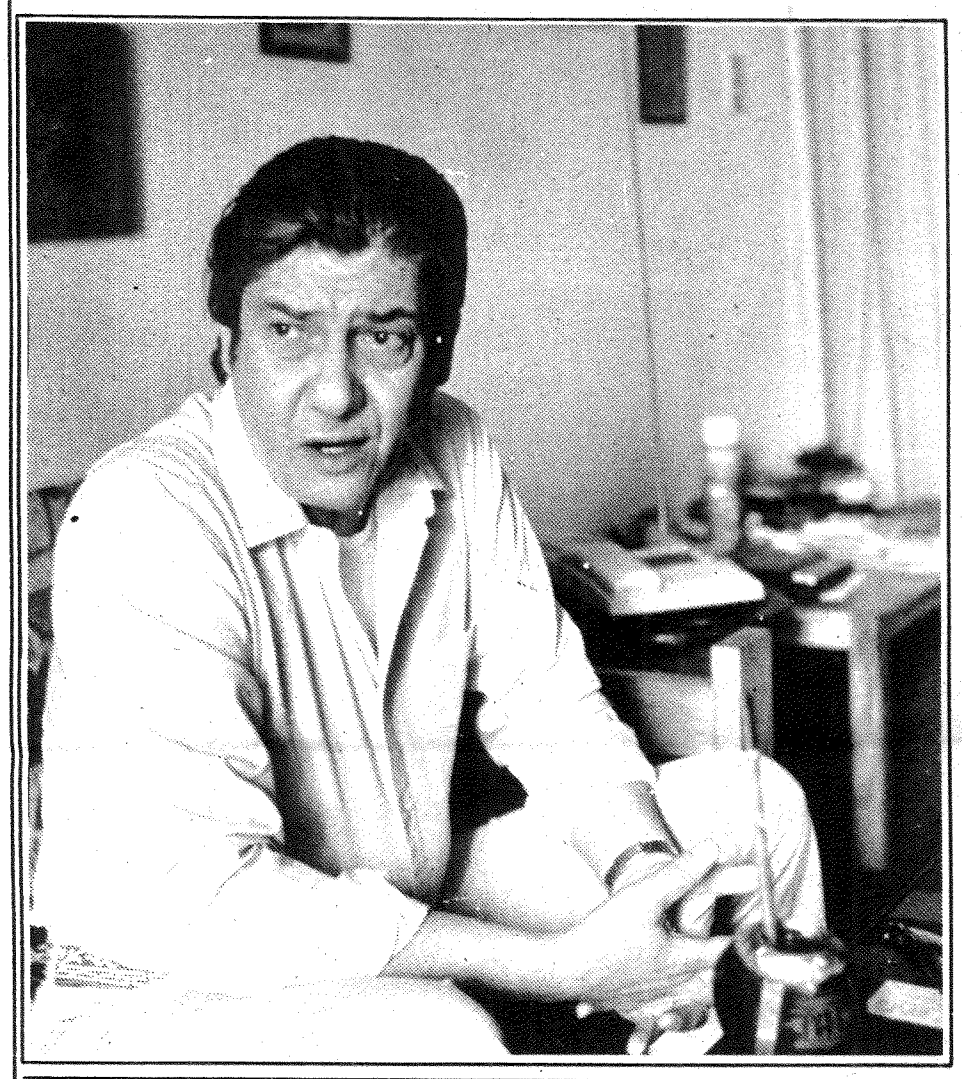
AL

Fotografías: Carlos Contrera

A veces, casi mágicamente, con un entreverado sentimiento de placer y de espanto, con la oscura certeza de abordar lo prohibido, se llega a lo otro, a la otra orilla del mundo. Son instantes apenas, momentos de ingravidez, efímeras victorias sobre la muerte. Entonces, disueltos los límites y perdido todo pie en la realidad circundante, nos enfrentamos enteros, deslumbrados y solos, a la primera arcilla balbuceante, al hondo abismo elemental donde cada palabra es una intención que cuelga de los labios de un mudo y donde cada sonido es la matriz titubeante de un origen posible. Muerte y resurrección. Así ocurre a veces, muy pocas veces: transconciencia, estado de gracia, inspiración, iluminación.

No es necesariamente en ese clima espiritual donde los artistas crean sus mejores obras, pero sí es evidente que allí ocurre algo: el contacto con un ámbito nutricio, con una materia fermental. Después vendrá el trabajo paciente, la cocina laboriosa, el ordenamiento de ese caos fecundo con todas las herramientas de la sensibilidad, la intuición, la inteligencia, la cultura.

Alfredo Zitarrosa ha probado el sabor de esos instantes y ha quedado para siempre herido de vida el corazón, atrapado sin remedio tras las cuerdas de esa tierna vieja díscola querendona y amable, tiránica, infeliz. Por eso le duele la cabeza y le duele también el inquietante insomnio de la hoja en blanco, el silencio que demora en el aire alguna canción futura. Entonces ronda sus contornos como un animal acosado, fumando cigarrillos interminables y tomando interminables mates de desvelo mientras el mundo de afuera duerme la noche y sueña, hasta que al fin se desanuda el alma y se empina sobre la máquina de escribir o agarra al vuelo, con ganas y con rabia, con dolor, el moscardón insoportable de una melodía esquiva; el primer zarpazo, la primera úlcera, un enjambre de insectos que vuelan ciertos y ciegos a quemarse sobre la llama de luz.



A partir de entonces, el pulso ardiente de ese arrebato desemboca en el cauce más reposado de la creación, y aunque le pese en el alma cada esquina de un verso, cada perfil de un cuento o de inasibles melodías crudas, nada detiene ya el proceso de ese parto inevitable: el enorme animal parasitario que ha crecido dentro se desborda y puja, y es preciso ayudarlo a salir para que viva el aire, el riesgo, la plenitud de su lenguaje.

Zitarrosa sabe muy bien que cuando termina una canción, entre esa obra y él perdura un hilo secreto, una prehistoria de entraña, pero que ya no es enteramente suya porque ha dejado de habitarlo. Pertenece a sí misma, al mundo, a la intemperie, y debe defenderse por sí sola para vivir o morir entre los otros. Porque es precisamente ahí, en ese puente que se tiende entre la obra y el público, donde radica la única verdad del arte: diálogo o silencio, emoción o nada.

"Nunca me fui de aquí"

Hace unos años, en México, entrevisté a Alfredo Zitarrosa para una revista universitaria. Tenía una gran audiencia allí, como en casi todos los países latinoamericanos, pero estaba contrariado por momentos, enfermo grave de extranjería y de nostalgia. Le costaba escribir, inventar músicas, hacer canciones, respirar. "Me hace falta saber el resultado de la quiniela, ver al gallego de la esquina, el paisaje de nuestra tierra —me decía—. Aunque de alguna manera yo vivo todavía en Uruguay y eso es cierto. Ahí enfrente, como ves, hay un árbol y una casa en construcción. Para mí el futuro es esa casa y yo puedo discernir perfectamente a un obrero uruguayo levantando tabiques. El futuro es esa casa en construcción".

— *¿Y ahora cómo te sentís, Alfredo?*

— Ando como todo el mundo —dice con los ojos fijos en el piso—, como puedo. Pero eso que me recordás haberte dicho en México conserva su vigencia. Seguimos construyendo el futuro, esa casa, y estamos en el Uruguay. También es verdad que estuve siempre aquí, aunque haya vivido en otros países. No me iría nunca del Uruguay. Para mí es demasiado importante, sabés.

Hace unos minutos, cuando llegamos a su apartamento en Malvín, lo arrancamos de la siesta con un par de timbrazos. Apareció enfundado en un salto de cama, con el ceño fruncido y la voz pedregosa que no acababa aún de desligarse del sueño. Le advierto que le vamos a tomar unas fotografías, que le convendría cambiarse de ropa. "Así que te ha dado por hacer reportajes con fotos —protesta desde el baño—. Carajo, qué joda esto de ser Zitarrosa".

Reconozco en un estante la misma pelota de fútbol, amarilla y negra, que lo acompañó durante todo el exilio, la mascarilla de Beethoven colgada en la pared, sus discos, un enorme aparato de música, un par de tumbadoras, y libros, libros por todas partes y en desorden. Novelas, poemarios, libros de cuentos, de ajedrez, de pájaros, de plantas, una enciclopedia del mundo, más enciclopedias y diccionarios desmesurados, una historia del automóvil... Cuando regresa, atildado para las fotografías, pronto el mate y los cigarrillos a mano, se le ve de mejor semblante. Esta madrugada vino del Chuy, donde ofreció unos recitales, y hace unos días de Santiago de Chile.

— En Chile me presenté el 1ero. y 2 de noviembre, cuando ya había pasado el primer coletazo de la reacción del pinochetismo después del plebiscito. El público que asistió al teatro es un público muy politizado, con el que hablamos de tú a tú.

— *¿Te recordaban en Chile?*

— Me recordaban, sí. El primer día, por ejemplo, tuve que hacer cinco bises. El empresario que me contrató me decía que era raro que sucediera algo así...

— *También es raro que vos accedieras...*

— Tenés razón, sí, es raro. Pero fue tan cálida la respuesta de la gente, tan entrañable y sincera, que no pude negarme. Al otro día hice otros tantos bises. Desde el punto de vista artístico me fue muy bien.

— *Supongo que esta presentación estaba teñida para vos de otras motivaciones.*

— Claro, por supuesto. Yo ya había estado en Chile en 1984. En ese entonces no quería ir, pero los compañeros del Partido Comunista Chileno me convencieron de que fuera, argumentando que era muy útil para el movimiento de resistencia contra la dictadura de Pinochet la presencia de un cantor uruguayo de izquierda. No olvidemos que en ese momento el Uruguay estaba en vísperas de la caída de la dictadura. Aunque el espectáculo de 1984 estuvo muy vigilado (ahora no tanto), el teatro igual se llenó.

— *¿Qué otra cosa olfateaste de la realidad chilena?*

Colchonería ANDES

LA CASA DEL ACOLCHADO

1 - Almohadas "DIVINO" plancha entera ..... N$ 1.150
2 - Repasadores en algodón, muy absorbentes ..... N$ 320
3 - Juegos de 3 toallas "ÑANDUTY", estampadas ..... N$ 2.990
4 - Colchas en Acrocel capitoneadas con almohadón
1 pza. ..... N$ 11.700
2 pzas. ..... N$ 13.900
5 - Colchas tipo manta "ARCO IRIS" colores aztecas
1 pza. ..... N$ 5.900
2 pzas. ..... N$ 7.900
6 - Juegos de cama "KANGURO" con

10 - Sillitas bajas, plegables, especial para pesca y/o playa, importadas ..... N$ 4.200
11 - Butacas plegables en aluminio pulido, con cintas plásticas atornilladas, 5 hermosos colores . 11.500
12 - Lonas estampadas de algodón en colores inalterables al sol y la lluvia, ancho 100 cmts. El mt. ..... N$ 1.400
13 - Acolchados térmicos doble faz en Polyester ¡Liquidamos por fin de temporada! 2 pzas. . N$ 17.900
14 - Acolchados "ALONDRA" en Acrocel de cama de niño ..... N$ 8.900

— Lo esencial, obviamente, es que hay una inmensa mayoría del pueblo chileno contra Pinochet. No lo quieren. No quieren la ignominia de esa dictadura.

— *¿En lo que se refiere al ámbito de la cultura artística trajiste alguna impresión particular?*

— Con respecto al canto, que es lo mío, vi un fenómeno singular: una "Agrupación de cantores de micro". Son cantores que se suben a los ómnibus con las guitarras y cantan. A veces es uno sólo, a veces son dos, a veces tres. El hecho es que han formado este sindicato (que cuenta con alrededor de 65 cantores afiliados en Santiago y unos 150 en el resto del país) y han editado un casete con el apoyo de la Confederación de la construcción, la Vicaría pastoral juvenil, la Vicaría pastoral obrera... Es un fenómeno realmente interesante.

— *También el teatro parece tener un auge muy peculiar...*

— No sé. Yo fui a cantar, como hago siempre. Está mal, pero así lo hago. No vi espectáculos. Estuve pocos días.

Reunir esos pedazos

— *Desde que regresaste a Uruguay en 1984, no sólo has podido hacer canciones (cosa que en el exilio te era muy problemático) sino que además publicaste hace poco un libro de cuentos...*

— A propósito —me interrumpe sonriendo— la editora acaba de anunciarme que tengo unos pesitos para cobrar por esos cuentos.

— *Debés ser uno de los pocos escritores de este país que además de publicar, cobra —lo digo en serio.*

— Es posible, sí. Pero en realidad yo no soy un escritor. Decidí publicar ese librito de cuentos ("Por si el recuerdo") porque algunos amigos me alentaron a hacerlo.

— *¿Vas a seguir escribiendo?*

— Por razones obvias (mi edad, mis cigarrillos, mi forma de vida que no es nada recomendable para un cantante) pienso que no me queda mucho tiempo por delante para seguir cantando. Y escribir me gratifica. Creo que voy a terminar escribiendo bastante bien. Por lo menos dos o tres libritos más antes de morirme. Eso es lo que voy a hacer. Es trabajoso, sin duda, porque hay que estudiar mucho, leer, escribir cosas que se rompen, que van a la papelera. Ahora estoy leyendo un diccionario etimológico interesantísimo. Es éste que está acá. A vos te haría mucha falta.

— *Debe ser muy caro.*

— No importa, te lo puedo alquilar. ¿Cien pesos por día te parece mucho?

— *Voy a pensarlo. ¿Podrías contar algo acerca de lo que estás escribiendo?*

— Tengo la idea de escribir una obra de teatro que se titula "Tríada del pensador". Empecé con eso hace no menos de treinta años, pero ocurre que antes de comenzar el texto propiamente dicho, escribí un extenso tratado acerca de cómo debía representarse. Si seré guarango, ¿no? Pero la idea sigue interesándome.

— *¿Cuándo pensás terminarla?*

— No sé. Nunca me puse límites para estas cosas. Tal vez, incluso, escriba antes una novela que me ronda la cabeza desde hace un tiempo. Se llamaría "Apodiforme"...

— ...

— ... y esa palabra define aquellas aves de alas cortas en forma triangular, que poseen una gran musculatura pectoral y vuelan a gran velocidad. La novela giraría sobre esas aves.

— *¿Y el tema? Todavía no entiendo cuál sería el tema.*

— Tendría que ser algo simbolista, ¿no? La idea del pájaro está vinculada a la idea de pensamiento, tiempo, velocidad, luz, y sobre todo de amor y libertad. Esa sería la temática.

— ¿Una fábula?

— No sé. Pero ya no me preguntes más como si fuera escritor, que no lo soy. Preguntame de música.

— *Vos decís que no sabés nada de música...*

— Es cierto. Preguntame sobre mis canciones.

— *Siempre has dicho que no te gustan tus canciones, o que sólo te gustan unas pocas...*

— También es cierto. Podemos hablar de antropología si querés.

— *No es precisamente mi tema.*

— Podés aprender algo...

— *Prefiero que me hables como artista en general, tu visión acerca del arte. ¿Te parece?*

— Muy bien, estoy de acuerdo. Como creador, como autor de canciones, algún verso, algún cuento, lo que he pretendido es tratar de juntar los pedazos que soy. Tratar de morirme con una idea más clara de lo que he sido. Algo así.

— *¿Podrías hacer una evaluación de tu trayectoria?*

— No. Francamente no.

— *¿Sigue sin gustarte la mayoría de las cosas que has hecho?*

— Sí, la mayor parte de lo que he hecho no me gusta. Mirá: acabo de hacer una zambita. Hace 25 años hice 3 o 4 ("Zamba por vos", "Si te vas", "Recordándote"...) y luego no volví al género. La zamba, como sabés, es un género romanticón, con una danza muy hermosa. De golpe, así no más, me vino la música. Y el texto yo creo que es bueno. "Si yo pudiera", se llama.

— *Al fin algo que te gusta.*

— Escuchala vos. Escuchala a ver qué te parece. Lo que yo diga no importa demasiado. *(Alfredo Zitarrosa enciende el aparato de música y la zamba empieza a sonar con fuerza, rabiosamente triste en la tarde que se cae).* Creo que en esos versos (quién pudiera vivir/ volver a reunir/ tus pedazos), ahí, precisamente, radica el trabajo artístico. En eso mismo: reunir los pedazos. Algunos, los grandes artistas, lo han logrado. Shakespeare, Leonardo da Vinci..., qué sé yo. Pero gente como uno, con una capacidad menor, acaso con un poco de talento...

"No me gusta cómo canto"

— *¿No te castigás demasiado? ¿No sos muy riguroso contigo mismo?*

— Debe ser, sí, un mecanismo de autodestrucción. Lo es, sin duda. Hasta algún psicoanalista me lo ha dicho. Pero lo cierto es que cuando te ponés a prueba frente a los grandes no valés nada. A mí me pasa eso. Yo, al lado de ese hombre *(Zitarrosa señala a Beethoven que lo mira fijo desde la pared)* no soy nada. Creo que no está bien ni mal. Yo funciono así.

— *Hace poco te vi cantar. Estabas muy emocionado sobre el escenario. Alguien que cante así, con esa convicción, y que reciba además una respuesta inmediata del público, ¿puede creer de veras que su trabajo no vale, que está mal hecho?*

— La verdad es que no. Pero al día siguiente de actuar, y al tercer día, ya se borró aquello y entonces pensás: "¿yo no soy nada más que eso que estuvo cantando hace tres días?". No. Tengo que ser algo más, debo ser algo más.

— *¿Qué cosa?*

— De pronto albañil, jardinero, quintero, tornero mecánico..., qué sé yo.

— *¿Te fastidia ser Alfredo Zitarrosa?*

— Sí, sí. Es brutal. No hay lugar adonde vaya en el cual la gente no me aborde, no me pregunte algo. Que si no me acuerdo de tal día, que me conoce de aquella gira y esas cosas. Llega a ser bastante enfadoso.

— *La gente te reconoce como un tipo muy uruguayo, irremediablemente uruguayo. ¿Estás de acuerdo?*

— Estoy de acuerdo, sí, pero no tengo muy claro en qué consiste eso de ser uruguayo. Tal vez en cierta parquedad, en cierta modestia... Cuando digo que no me gusta cómo canto y que no estoy de acuerdo con muchas cosas que he hecho o que me gustaría haberlas hecho mejor, lo digo con absoluta sinceridad. Así lo creo. Por lo demás, sí tengo muy claro que nuestra forma de ser no se parece a la de un porteño, un paraguayo, un venezolano... Somos gente más reflexiva, más introvertida.

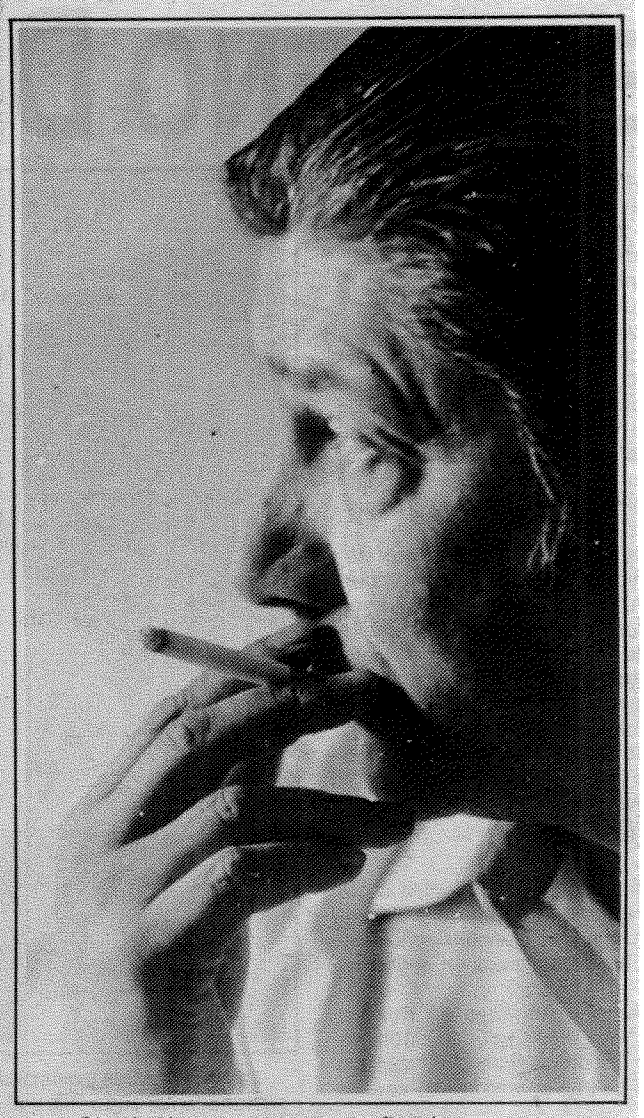
— *¿Más triste, también?*

— También, sí. Esa manera de gozar la vida, como la tiene un ecuatoriano o un venezolano, nos es ajena. Para nosotros es más importante un partido de fútbol o una partida de truco o de billar, que una noche de farra. En Venezuela ocurre al contrario: bailan, cantan, se divierten así.

— *Cambiando de tema, Alfredo, recuerdo que en 1981 me decías que no podías escribir, que no podías hacer canciones y eso era algo bastante notorio. ¿Cómo marcha tu producción ahora?*

— En el 84, cuando volví, pude hacer casi de inmediato un disco con temas nuevos ("Beethoven", "María Serena mía", "Baila la maga", "Melodía larga 1", "Melodía larga 2", "Negra chau"...)

— *De manera que te sentiste rápidamente estimulado por el medio, por el regreso al país...*

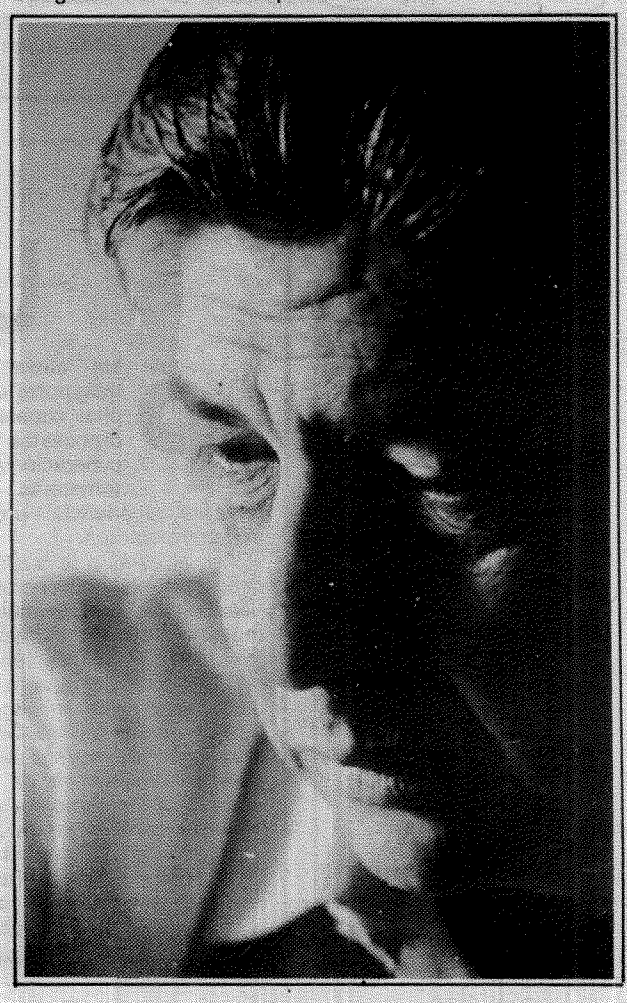


— Sí, sí. Y en estos cuatro años he hecho también otras cosas. Ahora estoy haciendo con Medina este trabajo (la zamba que escuchaste y otros temas), y con esos materiales pensamos sacar un disco que saldrá hacia febrero o marzo del año entrante.

"El rock es insoportable"

— *¿Cuál es tu relación con el rock?*

— Nada que ver. El rock es insoportable, abrumador, letánico. ¡Insoportable!

— *¿Tus hijas escuchan rock?*

— Escuchan y hasta cantan. En inglés y todo, cantan. Y yo le pregunto a la más chica, a la Serena: ¿y cómo hacés para acordarte de eso mijita? Y se acuerda. Y canta. Sale con una radio y canta. Y bueno: es un fenómeno de este tiempo. Yo no lo puedo soportar. Si está sonando un rock yo me voy. No lo puedo aguantar físicamente. Es algo así como si me obligaran a tomar una sopa de tachuelas.